Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN LA UNIVERSIDAD

DE GEORGETOWN

(ETICA Y POLITICA)

WASHINGTON, 14 de Mayo de 1992.

Señoras y Señores:

No puedo ocultar la honda emoción con que recibo el honroso grado que hoy me otorga la Universidad de Georgetown. Lo agradezco en nombre propio, pero principalmente en nombre del pueblo de Chile, quien dando muestras de su amor a la libertad, conquistó la democracia con coraje y sabiduría.

En esos años difíciles, ustedes nos acompañaron recibiendo a algunos de nuestros compatriotas y aportando vuestra reflexión para comprender los procesos de democratización en América Latina.

Por eso hoy quiero dar testimonio del enorme valor que tiene el mundo de las ideas para quienes actuamos en el mundo de la contingencia.

Yo fui, como ustedes, un hombre de las aulas, y parte de mi corazón quedó en ellas. También he sido y sigo siendo un hombre de la política, y desde ese escenario veo la urgencia de renovar las relaciones entre estos dos mundos.

En este tiempo de perplejidades y esperanzas, cuando los esquemas conceptuales que nos movilizaron parecen agotarse, vuestra reflexión debe dotar de nuevos contenidos al pensamiento y la actividad política que la alejen del riesgo del puro pragmatismo y de convertirse en una mera administración del poder por el poder.

Soy también un político católico, y como tal creo que las universidades católicas, herederas de tan rica tradición, deben reforzar su misión de pensar el mundo desde la **ciencia** y desde la **ética.**

Por ello valoro especialmente la decisión de esta Universidad de establecer un Centro de Estudios Avanzados de Etica, para la enseñanza y la investigación.

Comparto plenamente la elocuente declaración acerca de la necesidad de tal Centro que se encuentra en la descripción de su programa: "Para que el hombre y la mujer modernos no sean abrumados por sus logros tecnológicos, sus diferencias culturales o la seducción de sus propios intereses, deben ser capaces de realizar reflexiones y juicios morales maduros".

Obedeciendo a mi inquietud en este sentido, es que quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la necesaria vinculación entre la **ética** y la **política**, desde la perspectiva de mis convicciones y mi experiencia como político chileno.

La historia nos muestra que aunque luchar por una causa justa o ceñirse a parámetros éticos no siempre tiene ventajas prácticas. También es cierto -como lo afirmó Maritain- que las victorias que no están fundadas en el bien, por su propia naturaleza son efímeras. Ello constituye fundado motivo de esperanza para todos los verdaderos constructores de la paz.

La generación a que yo pertenezco tuvo la oportunidad de comprobar, con espanto, los efectos de triunfos políticos que cosecharon liderazgos crueles e inmorales, como los de un Hitler o un Stalin. En nuestras naciones latinoamericanas hemos vivido también las consecuencias de doctrinas que no tuvieron en consideración la dignidad humana y que en aras de la justicia o la seguridad atropellaron valores fundamentales y terminaron por destruir nuestra convivencia.

En este tiempo, cuando las ideas de libertad, justicia y solidaridad resuenan con fuerza en todo el globo, el Maquiavelismo teórico y práctico continúa, sin embargo, reteniendo demasiados discípulos.

Muchos políticos de nuestro tiempo parecen creer que para tener éxito se requiere ser flexibles frente a las exigencias de la ética. En nombre de un pretendido realismo en política, y en aras de una supuesta mayor eficacia y eficiencia, se justifican actos cuya moralidad es objetable.

Esta situación se traduce en una dramática dualidad: políticos que de buena fe buscan el bien de sus pueblos terminan tolerando resquicios y excusas para justificar actuaciones reñidas con la moral, ya sea en los medios o en la conducta personal.

A su vez, los pueblos, que en un principio reaccionan indignados ante estos hechos, terminan por caer en un profundo escepticismo frente a todos los políticos y a la política misma como actividad.

Es ésta una realidad que se da, en diferentes grados, en las democracias modernas, lo cual plantea un inmenso desafío de vivir

la política de acuerdo a principios y valores.

Vengo de un país lejano y joven, que siente orgullo de su historia, de una larga tradición democrática, en una región convulsionada, y de generaciones de políticos que concibieron la función pública como un servicio.

Me formé en esa escuela. Soy hijo de un juez, ejercí la profesión de abogado marcado por una vocación de justicia, y llevo medio siglo en la actividad política, intentando luchar por los ideales que abracé en mi juventud y que aún siguen plenamente vigentes.

Vengo también de un país que ha vivido experiencias difíciles y dolorosas, pero que ha sabido encontrar sus propios caminos de solución a los conflictos.

En estos largos años, he aprendido que la acción del político se compone, por una parte, de las nobles aspiraciones que lo inspiran, los valores en que cree y que trata de encarnar en la realidad y, por otra parte, de la realidad misma que limita, ya sea por falta de recursos, de instrumentos jurídicos, de medios económicos, de consenso colectivo, o por mil otras circunstancias.

Por eso, gobernar no es hacer lo que se quiere, sino lo que se puede de lo que se quiere. Ello justifica aquello de que la "política es el arte de lo posible". Esto, a veces, nos encajona en situaciones en que ninguna alternativa es tan buena como se quisiera y las circunstancias exigen escoger entre alternativas que aparecen todas malas, o apenas regulares. Entonces, lo correcto y lo valiente es escoger el mejor bien posible, o incluso el mal menor, y no intentar a toda costa una solución perfecta, ideal, pero imposible en la realidad, ni tampoco levantar las manos y darse por vencido.

Es en estos casos donde se hace necesaria la virtud de la prudencia. El gobernante, el político, ha de tener coraje, valor, audacia para luchar por aquello en que cree. Pero ha de tener también prudencia para no embarcarse en aventuras o caminos que conduzcan a desastres o a males mayores.

Nunca olvidaré la impresión que me causó en una ocasión en que tuve el privilegio de ser recibido por el Santo Padre Pablo VI, cuando al contarle yo las cuitas de la realidad que vivíamos me instó a tener "*coraggio*, paciencia y audacia". Aparentemente resultan contradictorios, sin embargo son complementarios.

Max Weber ha distinguido entre la ética de la convicción o el testimonio y la ética de la responsabilidad. Esta última no puede identificarse con un pragmatismo vacío, sino debe ser conjugada con una buena dosis de convicción.

Por ello, el gran desafío ético y político para quienes aspiran a servir a sus pueblos es ser capaz de renunciar a construir las utopías, pero sin renunciar a los ideales ni al sueño de un mundo mejor.

Verdad, honestidad, justicia, solidaridad, son piedras angulares de carácter ético sobre las cuales se construye la acción política. También lo es el ser capaz de llegar a compromisos. De ceder, no para comprometer los ideales; sí para comprometer los intereses personales, de partido o de ideología, pues todos ellos deben ser subordinados al bien de la comunidad, norte de la actividad del político.

La experiencia de estos años en Chile ha estado marcada por estos criterios. Los chilenos hemos recuperado pacíficamente nuestra democracia a través de un largo camino, recorrido con perseverancia por un pueblo que aprendió en el sufrimiento a privilegiar la razón sobre la fuerza. Aprendimos también a buscar la solución de los conflictos, partiendo de la realidad y conciliando la afirmación de los valores fundamentales, con el coraje y la prudencia.

Es cierto que esta senda ha impuesto limitaciones a nuestra acción, que pueden no ser comprendidas por quienes observan desde fuera nuestro proceso. Pero ha sido justamente este delicado equilibrio entre continuidad y cambio el que nos ha permitido recorrer con éxito el complejo paso entre un régimen autoritario y un régimen democrático, sin los costos de muerte y destrucción con que suelen ir acompañados los derrumbes de las dictaduras. Estamos ciertos también de que ésta es la forma de construir un sistema sólido para los chilenos de hoy y para los de mañana.

Como Presidente de Chile, creo que el mayor valor de esta experiencia no reside en ser un interesante modelo para el estudio de las transiciones a la democracia, sino en la opción moral que ha hecho nuestro pueblo por la paz, la justicia y la libertad. En esto reside la clave más profunda para comprender por qué este proceso ha sido ejemplar en más de un sentido.

Nuestro pueblo asumió frente al autoritarismo una lógica política de negociación y búsqueda de una solución pacífica de los conflictos, que finalmente superó a la **lógica de la guerra** que caracterizó la acción autoritaria.

A ello contribuyó la existencia de dirigentes políticos y partidos vigorosos que pudieron dotar al proceso de transición de la sabiduría capaz de combinar la prudencia con la firmeza en los principios, de evaluar adecuadamente los riesgos y las oportunidades, de saber cuándo transigir y cuándo perseverar.

Ello nos permitió movilizar a más del noventa por ciento de

los electores potenciales para concurrir al plebiscito de 1988, sobre cuya limpieza existían fundadas dudas.

El triunfo en ese evento nos permitió derrotar al autoritarismo y, luego, elegir democráticamente Presidente Chile y parlamentarios en 1989.

Como aquí lo ha recordado tan bien el profesor Valenzuela, ese sentido de la realidad, el afán de buscar lo que une por sobre lo que divide, el afán de decir "nunca más a la guerra entre chilenos", es lo que ha permitido la Concertación de Partidos que en el pasado fuimos antagónicos y tuvimos duros encuentros entre nosotros y que, sin embargo, hemos en la experiencia aprendido que es mucho más lo que nos une que lo que nos separa, y que viniendo desde distintas corrientes filosóficas, de pensamiento, con distintas inspiraciones, podemos unir nuestras voluntades y nuestra acción para construir juntos un Chile que garantice a todos sus habitantes una convivencia fundada en los valores de la paz, del respeto a la dignidad humana, de la vocación por la justicia y, sobre todo, del amor a la libertad.

La atenuación de los ideologismos y una convergencia hacia programas y objetivos de interés nacional, ha permitido el surgimiento de un nuevo estilo de hacer política en nuestra Patria, que se ha expresado en una voluntad compartida por aliados y adversarios de buscar los más amplios consensos posibles para la solución de los grandes problemas nacionales, como las relaciones exteriores, la defensa nacional y la proyección económica de Chile.

Es éste un estilo que se ajusta a nuestra tradición y que esperamos ir profundizando, de manera que nuestra Patria pueda enfrentar los grandes desafíos que tiene por delante: consolidar su democracia, crecer económicamente y lograr una efectiva integración de todos los chilenos en el esfuerzo y en los beneficios del desarrollo, para mejorar la vida de nuestro pueblo.

Muchas gracias.

* * * * *

WASHINGTON, 14 de Mayo de 1992.

MLS/EMS.